

Pequeño laberinto armónico

La Tortuga y Aquiles han ido a pasar el día a Coney Island. Luego de comprarse un par de copos de azúcar, deciden subir a la rueda de la fortuna.

Tortuga: Este es mi paseo predilecto. Parece que uno fuera tan lejos, y en realidad no va a ninguna parte.

Aquiles: Tengo una idea de por qué le gusta tanto. ¿Se sujetó?

Tortuga: Sí, creo que ya me abroché bien esto. ¡Bueno! ¡Ahí vamos!
¡Yupiii!

Aquiles: Ciertamente está usted eufórica hoy.

Tortuga: Tengo excelentes motivos: mi tía, que es adivina, me dijo que hoy tendré un gran golpe de suerte; así que ya estoy sintiendo el cosquilleo . . .

Aquiles: ¡No me diga que cree en la adivinación de las suertes!

Tortuga: No . . . pero lo que le dicen las adivinas se cumple lo mismo, aunque usted no crea en ellas.

Aquiles: Bueno, ésa es una gran cosa, seguramente.

Tortuga: Ah, qué vista de la playa, la gente, el océano, la ciudad . . .

Aquiles: Sí, espléndida, ciertamente. Y mire ese helicóptero allí; parece que volara en nuestra misma dirección. Ahora está casi exactamente encima de nosotros.

Tortuga: Qué extraño . . . cuelga un cable desde él y se extiende hasta muy cerca de nosotros, tan cerca que podríamos tomarlo.

Aquiles: ¡Mire! El cable tiene un gancho gigantesco en la punta, y hay una nota.

(Se estira y consigue atrapar el papel. Dejan atrás el gancho y siguen su recorrido.)

Tortuga: ¿Puede entender lo que dice la nota?

Aquiles: Sí, dice: "Hola, amigos. Agárrense del gancho la próxima vuelta, tendrán una Gran Sorpresa".

Tortuga: Esta nota es un poco cursi, pero quién sabe lo que nos puede deparar. Quizá tiene algo que ver con la buena fortuna que me anunció mi tía. ¡Vamos, pase lo que pase!

Aquiles: ¡Vamos!

(Apresuradamente, desabrochan sus cinturones de seguridad, y llegados a la parte más alta se aferran al enorme gancho. De inmediato el cable los iza, y en un instante llegan hasta el helicóptero; unas manos muy vigorosas los ayudan a subir.)

Voz: Bienvenidos a bordo . . . Bobitos.

Aquiles: ¿Qui . . . quién es usted?

Voz: Permítanme que me presente. Soy Hexaclorofeno J. Buenasuerte, Raptor en Grande, y Devorador de Tortugas por Excelencia, para servirles.

Tortuga: ¡Gulp!

Aquiles (a su amiga, en susurros): Mmmm . . . Creo que no es ésta la clase de “buena suerte” que esperábamos. (*A Buenasuerte*): Oh, si es que puedo ser curioso, ¿adónde tiene pensado conducirnos?

Buenasuerte: ¡Jo jo! ¡A mi cocina-completamente-eléctrica-de-los-cielos, donde prepararé *este* delicado manjar (*mira de soslayo a la Tortuga mientras habla*) en un delicioso pastel-de-los-cielos! Y que no haya confusiones: se trata sólo de mi placer gastronómico. ¡Jo jo jo!

Aquiles: Todo lo que puedo decir es que tiene usted una risa bastante perversa.

Buenasuerte (riendo perversamente): ¡Jo jo jo! Mi amigo, le costará cara esa observación. ¡Jo jo!

Aquiles: Oh, qué querrá decir con eso . . .

Buenasuerte: Muy sencillo: tengo en depósito una Sinistra Suerte destinada a ustedes. ¡Esperándolos! ¡Jo jo jo! ¡Jo jo jo!

Aquiles: ¡Ggggg!

Buenasuerte: Bueno, hemos llegado. Desembarquen, amigos míos, vean mi fabulosa cocina-completamente-eléctrica-de-los-cielos.

(*Los tres abandonan la nave.*)

Permítanme mostrarles, antes de encargarme de su futuro. Este es mi dormitorio . . . éste es mi estudio. Por favor, agüardenme un momento, tengo que ir a afilar mis cuchillos. Mientras esperan, sírvanse unas palomitas de maíz. ¡Jo jo jo! ¡Pastel de Tortuga! ¡Pastel de Tortuga! ¡Mi pastel predilecto! (*Sale.*)

Aquiles: ¡Grgrrgg!, ¡palomitas de maíz! ¡No voy a dejar una!

Tortuga: ¡Aquiles! ¡Pero si se hartó usted de copo de azúcar! Además, ¿cómo puede pensar en comida en estos momentos?

Aquiles: En qué salsa hemos caído . . . oh, perdón, no debería haber usado tal frase; quiero decir que en estas infortunadas circunstancias . . .

Tortuga: Creo que nuestra suerte está echada.

Aquiles: Venga, por favor, eche un vistazo a estos libros que el viejo Buenasuerte tiene en su estudio; una colección completamente esotérica: *Cabezas de chorro que he conocido; Ajedrez y manejo de sombrilla sin esfuerzo; Concierto para zapateador y orquesta* . . . Hmmm.

Tortuga: ¿Qué es ese pequeño volumen abierto, ahí sobre la mesa, junto al dodecaedro y al cuaderno de dibujo?

Aquiles: ¿Este? Su título es *Excitantes aventuras de Aquiles y la Tortuga en distintas partes del mundo.*

Tortuga: Un título módicamente excitante.

Aquiles: Por cierto, y el episodio donde está abierto el libro parece excitante; se titula "Dyín y Tónico".

Tortuga: Hmmm . . . Quién sabe por qué. ¿Y si lo leemos? Yo podría hacer el papel de la Tortuga y usted el de Aquiles.

Aquiles: De acuerdo. No se pierde nada . . .

(Comienzan a leer "Dyín y Tónico".)

(*Aquiles ha invitado a la Tortuga a ver su colección de reproducciones de obras de M. C. Escher, su pintor preferido.*)

Tortuga: Son magníficas, Aquiles.

Aquiles: Sabía que le gustarían. ¿Hay alguna que le llame más la atención?

Tortuga: Una de mis predilectas es *Convexo y cóncavo*, donde dos mundos internamente coherentes, al ser yuxtapuestos, dan lugar a un mundo por completo incoherente. Los mundos incoherentes son lugares muy atractivos para visitar, pero no me gustaría vivir allí.

Aquiles: ¿Qué quiere usted decir con eso de "atractivos para visitar"? Los mundos incoherentes no EXISTEN, ¿cómo hará entonces para visitar alguno?

Tortuga: Usted perdone, pero ¿justamente no estábamos de acuerdo en que esta pintura de Escher nos presenta un mundo incoherente?

Aquiles: Sí, pero sólo se trata de un mundo bidimensional, un mundo ficticio, una imagen pintada. No se puede visitar ese mundo.

Tortuga: Tengo mis recursos . . .

Aquiles: ¿Cómo piensa introducirse en el universo plano de un cuadro?

Tortuga: Tomando una copita de JARABE DESPLAZADOR. Ese es el secreto.

Aquiles: ¿Qué cuernos es el jarabe desplazador?

Tortuga: Es un líquido que viene en frasquitos de cerámica; si se lo bebe cuando se está observando una pintura, se es "desplazado" dentro del mundo que el cuadro representa. Algunas personas que ignoraban los poderes del jarabe desplazador se han visto llevadas a situaciones muy sorprendentes.

Aquiles: ¿No hay antídoto? ¿No hay retorno, luego de desplazarse?

Tortuga: En algunos casos, eso no es tan malo. Pero sí hay otro jarabe . . . bueno, no es un jarabe, sino un elixir . . . no, no es un elixir, sino un . . . un . . .

Tortuga: Probablemente quiera decir “tónico”.

Aquiles: ¿Tónico?

Tortuga: ¡Esa es la palabra que estaba buscando! “TONICO RECUPERADOR” es el nombre. Si usted retiene en su mano derecha una botella de este tónico cuando bebe el jarabe desplazador irá con usted dentro de la pintura; entonces, en el instante en que usted desee hacer “plop”, irrumpiendo de regreso en la vida real, únicamente necesita un sorbo de tónico recuperador. Prestamente estará de nuevo en el mundo real, exactamente en el mismo sitio que ocupaba al desplazarse.

Aquiles: Pues parece muy interesante. ¿Y qué ocurre si uno toma un poco de tónico recuperador sin estar dentro de un cuadro?

Tortuga: No lo sé a ciencia cierta, Aquiles, pero yo preferiría ser cautelosa con estos extraños líquidos de desplazar y recuperar. Alguien de mi amistad, una Comadreja, hizo una vez lo que usted mencionaba, y no se supo más de ella desde entonces.

Aquiles: Qué desdicha. ¿Y uno puede llevar también consigo el frasco de jarabe desplazador?

Tortuga: Claro que sí. Hay que sostenerlo en la mano izquierda, y será desplazado junto con usted hacia el interior del cuadro que está observando.

Aquiles: ¿Qué pasa si uno encuentra una pintura dentro de la pintura a la que ya entró, y se toma otro trago de jarabe desplazador?

Tortuga: Precisamente lo que usted esperaría: va a dar dentro de la pintura que está en la pintura.

Aquiles: Supongo que habrá que hacer plop dos veces, entonces, para salir de la segunda pintura y reaparecer en la vida real.

Tortuga: Así es. Necesita “recuperarse” una vez por cada desplazamiento, puesto que con uno de éstos ingresa usted a una pintura, y con un plop sale.

Aquiles: Verá usted, todo esto se me hace difícil de creer . . . En verdad, ¿no está usted sondeando los límites de mi credulidad?

Tortuga: ¡Le juro que no! Fíjese, justamente aquí tengo dos frascos. (Busca en su bolsillo superior, y extrae dos frascos nada pequeños, carentes de rótulo, en uno de los cuales chapotea un líquido rojo, mientras que en el otro chapotea un líquido azul.) Si usted está dispuesto, podemos probar, ¿qué le parece?

Aquiles: Bueno, creo que, hem, quizá, hemm . . .

Tortuga: ¡Perfecto! Sabía que querría intentarlo. ¿Nos despla-

zamos dentro del mundo de *Convexo y cóncavo*, de Escher?

Aquiles: Bueno, eh, . . .

Tortuga: Entonces, es cosa resuelta. No debemos olvidarnos de llevar esta botella de tónico, para que nos podamos “recuperar” de regreso, ¿asume tan grave responsabilidad, Aquiles?

Aquiles: Es lo mismo . . . es lo mismo. Estoy algo nervioso; preferiría que usted, con su experiencia, se encargue de la operación.

Tortuga: Estoy de acuerdo. Todo listo, entonces.

(Así diciendo, la tortuga escancia dos pequeñas porciones de jarabe desplazador. Luego recoge el frasco de tónico y lo asegura firmemente en su mano derecha; ambos aproximan los vasos a sus labios.)

Tortuga: ¡Hasta el fondo!

(Beben.)

Aquiles: Tiene un sabor extraordinariamente raro.

Tortuga: Uno se acostumbra.

Aquiles: ¿El tónico sabe igual?

Tortuga: Oh, es una sensación completamente distinta. Cada vez que beba el tónico, experimentará una sensación profundamente satisfactoria, como si toda su vida hubiera estado deseando saborearlo.

Aquiles: Oh, no veo el momento de probarlo.

Tortuga: Bien, Aquiles, ¿dónde estamos?

Aquiles (observando a su alrededor): ¡Estamos en una pequeña góndola, deslizándonos por un canal! Tenemos que descender. Señor Gondolero: déjenos aquí, por favor.

(El gondolero no le presta la menor atención.)

Tortuga: Es que no entiende nuestro idioma. Si queremos salir de aquí, tendremos que brincar de inmediato, antes de que la barca entre al siniestro “Túnel del Amor”, al cual casi estamos llegando.

(Aquiles, un tanto empalidecido, se encarama al borde en menos de un segundo, y luego ayuda a salir a su no tan ágil amiga.)

Aquiles: Por alguna razón, no me gustaba ese canal.

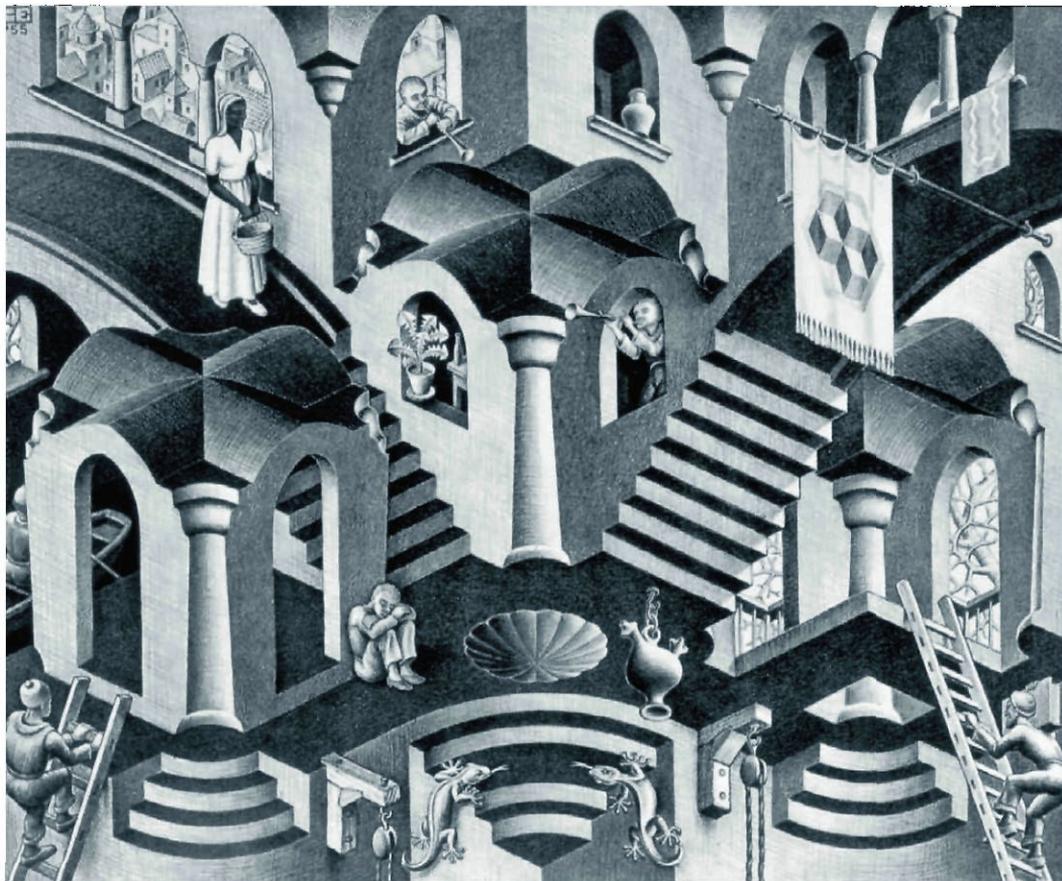


Figura 23. Convexo y cóncavo, de M. C. Escher (litografía, 1955).

Estoy contento de estar aquí fuera. Dígame, ¿cómo conoce usted tan bien este lugar?, ¿ha estado aquí antes?

Tortuga: Muchas veces, pero siempre que he venido lo he hecho desde otros cuadros de Escher, los cuales están conectados por detrás de los marcos, ¿lo sabía? Si usted se introduce en uno, desde allí puede llegar a cualquier otro.

Aquiles: ¡Pasmoso! Si no estuviera aquí, viendo todas estas cosas con mis propios ojos, estoy seguro de que no le hubiera creído a usted. (*Pasan a través de una pequeña bóveda.*) Oh, mire esos dos bonitos lagartos.

Tortuga: ¿Bonitos? No son bonitos . . . sólo pensar en

ellos me hace estremecer. Son los implacables guardianes de esa lámpara mágica de cobre que cuelga del techo, ahí delante. Basta un toque de sus lenguas para que cualquier mortal se convierta en escabeche.

Aquiles: ¿Escabeche ácido o dulce?

Tortuga: Acido.

Aquiles: Oh, qué amargo destino. Pero si la lámpara tiene poderes mágicos, me gustaría probar de conseguirla.

Tortuga: Es un intento muy atrevido, amigo mío. Yo no me arriesgaría.

Aquiles: Voy a tratar nada más que una vez.

(Se aproxima sigilosamente a la lámpara, asegurándose de no despertar a un jovencito, dormido en las cercanías. Pero de pronto, resbala en una extraña depresión del piso, con forma de concha marina, y va a parar al vacío. Balanceándose alocadamente, busca inútilmente algo de qué asirse, hasta que se las arregla para aferrarse de la lámpara con una mano. Braceando salvajemente, ve cómo los silbantes lagartos estiran sus lenguas hacia él, que cuelga desamparado.)

Aquiles: ¡So . . . Soc . . . Socorro!

(Su grito atrae la atención de una mujer, quien se precipita escaleras abajo, y despierta al dormido. Este, sonriendo afectuosamente, indica a Aquiles, mediante gestos, que no se preocupe y se dirige a gritos, en una lengua gutural, a dos trompeteros asomados a ventanas ubicadas en lo alto. Inmediatamente, fantásticos sonidos comienzan a oírse, acompasadamente. El joven que dormía señala los lagartos, y Aquiles ve que la música ejerce poderosos efectos soporíferos sobre ellos. Poco demoran en quedar inconscientes. Entonces, el servicial muchacho da voces a dos compañeros que están trepando por sendas escaleras, quienes tiran de éstas hacia arriba y luego las extienden atravesando el espacio por debajo del desesperado Aquiles. Forman así una especie de puente y sus gestos le señalan claramente a aquel que debe apresurarse a utilizarlo. Pero Aquiles, antes de

hacerlo, desengancha cuidadosamente el eslabón del que pende la lámpara y, ya con ésta en la mano, se descuelga sobre las escaleras-puente; los tres jóvenes lo ayudan a terminar de ponerse a salvo. Aquiles extiende hacia ellos los brazos y les agradece efusivamente.)

Aquiles: Oh, señora Tortuga, ¿cómo podré compensarlos?

Tortuga: Pude saber que a estos valientes jóvenes les encanta el café, y en la población, más abajo, hay un lugar donde hacen un expreso incomparable. ¡Invítelos a una taza!

Aquiles: Eso daría en el clavo.

(Así, empleando una sucesión más bien cómica de gesticulaciones, sonrisas y palabras, Aquiles consigue transmitir su invitación a los jóvenes. Salen los cinco y bajan hacia la ciudad, descendiendo escarpadas escaleras. Llegan a un pequeño y grato café, toman asiento en la parte exterior y ordenan cinco expresos. Cuando los están bebiendo, Aquiles recuerda que tiene la lámpara consigo.)

Aquiles: Lo había olvidado, señora Tortuga: tengo aquí la lámpara mágica. Pero, ¿qué es lo que tiene de mágico?

Tortuga: Oh, usted sabe, sólo lo habitual: un genio.

Aquiles: ¿Qué? ¡Quiere usted decir un genio que aparece al frotar la lámpara y concede los deseos que se le formulan?

Tortuga: Eso es. ¿Qué esperaba usted? ¿Una lluvia de dinero?

Aquiles: ¡Caray, esto es fantástico! Y puedo pedir lo que se me ocurra, ¿verdad? Siempre he deseado que me sucediera algo así . . .

(Aquiles frota suavemente la gran letra "L" que aparece grabada sobre la superficie de cobre de la lámpara . . . Súbitamente, se produce una enorme bocanada de humo, que a los ojos de los cinco amigos toma la forma de una figura espectral, la cual queda elevada sobre ellos.)

Genio: Hola, amigos; les agradezco mucho que hayan rescatado mi Lámpara de manos del malvado Dúo de Lagartos.

(Mientras habla, el Genio recoge la Lámpara y la introduce en el fondo de un bolsillo oculto entre los pliegues de su gran túnica espectral, que se arremolinan en torno a la Lámpara.)

Como muestra de gratitud por vuestro heroico acto, querría ofrecerles, de parte de mi Lámpara, la oportunidad de convertir en realidad tres de vuestros deseos.

Aquiles: ¡Maravilloso! ¿Qué dice usted, señora Tortuga?
Tortuga: Yo, encantada. Adelante, Aquiles, diga su primer deseo.

Aquiles: ¡Uuyy! ¿Pero qué puedo pedir? ¡Oh, ya sé! Es algo que se me ocurrió cuando leí por primera vez *Las mil y una noches* (esa ingenua colección de cuentos, metidos unos dentro de otros): deseo que se me cumplan CIEN deseos, en lugar de tres. ¡Sumamente sagaz! ¿Verdad, señora Tortuga? Estoy seguro de que USTED jamás hubiera pensado en este ardid. Siempre me pregunté por qué todos esos aletargados personajes de los relatos nunca habían tenido esa idea.

Tortuga: Quizá encuentre ahora la respuesta.

Genio: Lo lamento, Aquiles, pero no concedo metadeseos.

Aquiles: ¡Deseo que me explique usted qué es un “metadeseo”!

Genio: Pero ESO es un meta-metadeseo, Aquiles, y tampoco los concedo.

Aquiles: ¿Queeeeé? No lo entiendo, en absoluto.

Tortuga: ¿Por qué no repite usted su último pedido, Aquiles?

Aquiles: ¿Qué quiere decir? ¿Por qué debo hacer eso?

Tortuga: Bueno, usted comenzó diciendo “Deseo”. Puesto que está requiriendo información, ¿por qué no se limita a hacer una pregunta?

Aquiles: Está bien, aunque no veo la razón. Dígame, señor Genio, ¿qué es un metadeseo?

Genio: Es simplemente un deseo que trata de deseos. A mí no me está permitido satisfacer metadeseos. Mis

facultades no van más allá de dar cumplimiento a deseos comunes y corrientes, como por ejemplo hacerse de diez botellas de cerveza, tener a Elena de Troya sobre una colcha, pasar un fin de semana en Copacabana con todos los gastos pagados para dos: usted sabe, cosas simples de esta clase. Pero metadeseos no. DIOS no me lo permitiría.

Aquiles: ¿DIOS? ¿Quién es DIOS? ¿Y por qué no le permite a usted conceder metadeseos? Estos parecen cosas sin mayor importancia en comparación con los deseos que usted menciona.

Genio: Bueno, es un asunto complicado, créame. ¿Por qué no se limita a formular simplemente sus tres deseos? O uno, al menos. Usted verá, no tengo todo el tiempo del mundo. . .

Aquiles: Oh, qué mala pata. Estaba TAN ILUSIONADO con pedir que se me concedieran cien deseos . . .

Genio: Caramba, no me gusta ver a alguien tan decepcionado. Y, además, los metadeseos son mi clase preferida de deseos. Déjeme ver si puedo hacer algo al respecto; sólo me llevará un momento . . .

(Busca entre los abultados pliegues de su túnica y saca un objeto casi idéntico a la Lámpara de cobre, sólo que ésta es de plata, y donde la otra tenía grabada una 'L', ésta presenta dos letras más pequeñas, situadas en la misma área: 'ML'.)

Aquiles: ¿Y eso qué es?

Genio: Es mi Meta-Lámpara . . .

(Frota la Meta-Lámpara y aparece una enorme bocanada de humo, que ondula hasta adoptar la forma de una figura espectral, elevada sobre la lámpara.)

Meta-Genio: Soy el Meta-Genio. ¿Me llamaste, Oh Genio? ¿Cuál es tu deseo?

Genio: Tengo un deseo especial para plantearles, a ti y a DIOS, Oh Dyin. Deseo que en forma temporaria, por el tiempo de duración de un Deseo Atípico, se suspenda todo género de restricciones en materia de deseos. ¿Podrías concederme este deseo, por favor?

Meta-Genio: Tendré que asesorarme, a través

de los Canales correspondientes; sólo me llevará medio momento . . .

(Y, doblemente más rápido que el Genio, el Meta-Genio busca entre los abultados pliegues de su túnica y saca un objeto casi idéntico a la Meta-Lámpara de plata, sólo que ésta es de oro, y donde la otra tenía grabado 'ML', ésta presenta tres letras más pequeñas, situadas en la misma área: 'MML'.)

Aquiles (su voz ha subido una octava): ¿Y eso qué es?

Meta-Genio: Es mi Meta-Meta-Lámpara . . .

(Frota la Meta-Meta-Lámpara y aparece una enorme bocanada de humo, que ondula hasta adoptar la forma de una figura espectral, elevada sobre la lámpara.)

Meta-Meta-Genio: Soy el Meta-Meta-Genio. ¿Me llamaste, Oh Meta-Genio? ¿Cuál es tu deseo?

Meta-Genio: Tengo un deseo especial para plantearles, a ti y a DIOS, Oh Dyin. Deseo que en forma temporaria, por el tiempo de duración de un Deseo Atípico, se suspenda todo género de restricciones en materia de deseos. ¿Podrías concederme este deseo, por favor?

Meta-Meta-Genio: Tendré que asesorarme, a través de los Canales correspondientes; sólo me llevará un cuarto de momento . . .

(Y, doblemente más rápido que el Meta-Genio, el Meta-Meta-Genio busca entre los abultados pliegues de su túnica y saca un objeto casi idéntico a

*la Meta-Meta-Lámpara de oro,
sólo que ésta es de)*

: : {DIOS}

(. . . forma un torbellino que se introduce en la Meta-Meta-Meta-Lámpara, a la que entonces el Meta-Meta-Genio guarda entre los pliegues de su túnica, con la mitad de la rapidez con que el Meta-Meta-Meta-Genio guardara la suya.)

Tu deseo es concedido, Oh Meta-Genio.

Meta-Genio: Gracias, Oh Dyin y DIOS.

(Y el Meta-Meta-Genio, igual que los genios superiores antes que él, forma un torbellino que se introduce en la Meta-Meta-Lámpara, a la que entonces el Meta-Genio guarda entre los pliegues de su túnica, con la mitad de la rapidez con que el Meta-Meta Genio guardará la suya.)

Tu deseo es concedido, Oh Genio.
Genio: Gracias, Oh Dyin y DIOS.

(Y el Meta-Genio, igual que los genios superiores antes que él, forma un torbellino que se introduce en la Meta-Lámpara, a la que entonces el Genio guarda entre los pliegues de su túnica, con la mitad de la rapidez con que el Meta-Genio guardara la suya.)

Su deseo es concedido, Aquiles.

(Exactamente un momento ha transcurrido desde que él dijera "sólo me llevará un momento".)

Aquiles: Gracias, Oh Dyin y DIOS.

Genio: Me complace informarle, Aquiles, que puede usted formular exclusivamente un (1) Deseo Atípico, es decir, un deseo, o un metadeseo, o un meta-metadeseo, o cuantos "meta" usted desee, inclusive una cantidad infinita (si usted lo desea).

Aquiles: Oh, muchísimas gracias, Genio. Pero me siento lleno de curiosidad. Antes de satisfacer mi deseo, ¿tendría inconveniente en decirme quién, o qué, es DIOS?

Genio: Ninguno. "DIOS" es la sigla de la expresión "DIOS que Imparte Ordenes al Subsiguiente". El subsiguiente dyin, es claro. La palabra "dyin" designa Genios, Meta-Genios, Meta-Meta-Genios, etc. Es una palabra Atípica.

Aquiles: Pero . . . pero . . . ¿cómo la palabra "DIOS" puede ser la sigla de una expresión donde también aparece?

Genio: Oh, ¿es que no conoce usted siglas recursivas? Pensaba que le eran familiares a todo el mundo. Fíjese, "DIOS" representa a "DIOS que Imparte Ordenes al Subsiguiente", que puede ampliarse así: "DIOS" que Imparte Ordenes al Subsiguiente, que Imparte Ordenes al Subsiguiente", que a su vez puede ampliarse de nuevo: "DIOS que Imparte Ordenes al Subsiguiente, que Imparte Ordenes al Subsiguiente, que Imparte Ordenes al Subsiguiente; y esto, por su parte, puede también ampliarse . . . Se puede seguir a voluntad.

Aquiles: ¡Pero no se terminaría nunca!

Genio: Por supuesto que no. DIOS no puede ser ampliado totalmente nunca.

Aquiles: Mmmm . . . Esto es intrigante. ¿Qué quería significar usted cuando le dijo al Meta-Genio, "Tengo un deseo especial para plantearles, a ti y a DIOS, Oh Dyin"?

Genio: Yo necesitaba presentar mi solicitud no sólo al Meta-Genio, sino también a todos los dyin que imparten órdenes por encima de él. El método de la sigla recursiva permite cumplir con ello de modo enteramente natural. Vea usted, al recibir mi solici-

tud, el Meta-Genio tenía que transmitirla más arriba, a su DIOS: elevó entonces el mensaje al Meta-Meta-Genio, quien hizo después lo propio ante el Meta-Meta-Meta-Genio . . . Subiendo por la cadena de esta manera se transmite el mensaje a DIOS.

Aquiles: Me doy cuenta. DIOS está en la cumbre de la escala de dyins.

Genio: ¡No, no, no! No hay nada “en la cumbre”, pues no hay cumbre. Por eso DIOS es una sigla recursiva. DIOS no es un dyin último: DIOS es la torre de dyins ubicada por encima de un dyin dado.

Tortuga: Me parece que todos y cada uno de los dyin han de tener un concepto diferente de lo que es DIOS, entonces, puesto que para un dyin DIOS es el conjunto de dyins que tiene por encima de sí, y no hay dos dyins que compartan el mismo conjunto.

Genio: Está usted completamente en lo cierto, y como yo soy el dyin que está más abajo en la escala, mi noción de DIOS es la más entusiasta. Compadezco a los dyins más altos, que creen estar algo más cerca de DIOS. ¡Qué blasfemia!

Aquiles: ¡Por D . . .! Han de haber hecho falta genios para inventar a DIOS.

Tortuga: ¿Cree realmente en todos esos chismes acerca de DIOS, Aquiles?

Aquiles: Es claro que sí. ¿Es usted atea, señora T? ¿O agnóstica?

Tortuga: Creo que soy agnóstica. O quizá meta-agnóstica.

Aquiles: ¿Queeeeé? No le entiendo.

Tortuga: Vamos a ver . . . Si yo fuera meta-agnóstica, no estaría segura de si soy agnóstica o no: pero no sé bien si ESA es la forma en que considero esto; en consecuencia, debo ser meta-meta-agnóstica (presumo). En fin. Dígame, Genio, ¿nunca cometen errores los dyin, como por ejemplo distorsionar los mensajes que suben o bajan por la escala?

Genio: Suele ocurrir: es la causa más frecuente de que no sean concedidos los Deseos Atípicos. Mire usted, las posibilidades de que se produzca una distorsión en un eslabón PARTICULAR de la cadena son infinitesimales; pero si usted acumula un número infinito de eslabones en una misma serie, pasa a ser virtualmente seguro que, EN ALGUNA PARTE, ocurrirá un error. En realidad, aunque parezca raro, es usual que se produzca un número infinito de erro-

res, si bien se distribuyen diseminadamente a lo largo de la cadena.

Aquiles: Entonces, es todo un milagro que un Deseo Atípico consiga concretarse.

Genio: Fíjese que no es así. Muchas distorsiones son intrascendentes, y muchas otras tienden a neutralizarse entre sí. Pero alguna vez —por excepción, en verdad— la falta de cumplimiento de un Deseo Atípico tiene su origen en la desafortunada distorsión provocada por un solo dyin. Cuando esto ocurre, el dyin responsable recibe un castigo de duración infinita, que consiste en recibir palmadas en sus nalgas, propinadas por DIOS. Es muy divertido para los que dan las palmadas, y enteramente inofensivo para el condenado. Pasaría usted un rato agradable viendo este espectáculo.

Aquiles: ¡Me encantaría! ¿Pero esto únicamente sucede cuando deja de ser cumplido un Deseo Atípico?

Genio: Así es.

Aquiles: Mmmm . . . Esto me da una idea para mi deseo.

Tortuga: Oh, ¿de veras? ¿Cuál?

Aquiles: ¡Deseo que no se quiera conceder mi deseo!

(En este instante, tiene lugar un hecho —si es que “hecho” es la palabra adecuada— imposible de describir, razón por la cual no se hará el menor intento de describirlo.)

Aquiles: ¿Qué cuernos significa esa misteriosa frase?

Tortuga: Se refiere al Deseo Atípico que formuló Aquiles.

Aquiles: Pero él todavía no había formulado su deseo.

Tortuga: Sí, lo había hecho. Dijo, “deseo que no se quiera conceder mi deseo”, y el Genio entendió que ESE era su deseo.

(En ese momento, se oyen pasos que vienen hacia ellos por el pasillo.)

Aquiles: ¡Ay, ay, ay! Esos sonidos ominosos.

(Los pasos se detienen; luego parecen girar y por fin desaparecen.)

Tortuga: ¡Gulp!

Aquiles: ¿Pero la historia sigue o terminó? Demos vuelta a la página y veamos.

(Así lo hacen, y descubren que el relato continúa . . .)

Aquiles: ¡Eh! ¿Qué pasó? ¿Dónde está mi Genio? ¿Mi lámpara? ¿Mi taza de expreso? ¿Qué se hicieron nuestros amigos de los mundos Convexo y Cóncavo? ¿Qué hacen aquí todos estos pequeños lagartos?

Tortuga: Tengo la impresión de que nuestro contexto ha sido incorrectamente restablecido, Aquiles.

Aquiles: ¿Qué cuernos significa esa misteriosa frase?

Tortuga: Me refiero al Deseo Atípico que usted formuló.

Aquiles: Pero si yo no lo había formulado todavía.

Tortuga: Sí, usted lo había hecho. Dijo usted, “deseo que no se quiera conceder mi deseo”, y el Genio entendió que ESE era su deseo.

Aquiles: ¡Ay, ay, ay! Eso suena ominoso.

Tortuga: Eso se llama PARADOJA. Para que el Deseo Atípico fuese concedido, tenía que ser denegado: sin embargo, no concederlo era concederlo.

Aquiles: ¿Y qué pasaba? ¿Se detenía la Tierra? ¿Se destruía el universo?

Tortuga: No. Se hacía añicos el Sistema.

Aquiles: ¿Qué quiere decir eso?

Tortuga: Significa que usted y yo, Aquiles, fuimos súbita e instantáneamente trasladados a Tumbolia.

Aquiles: ¿Adónde?

Tortuga: A Tumbolia: la tierra de los hipos muertos y de las bombillas eléctricas inservibles. Es una suerte de sala de espera, donde las programaciones inactivas esperan el procesamiento correspondiente, que las rescate. Imposible decir cuánto tiempo estuvo deshecho el Sistema, ni nosotros en Tumbolia: pueden haber transcurrido momentos, horas, días . . . años inclusive.

Aquiles: No sé lo que son las programaciones, ni tampoco los procesamientos. Lo que sí sé es que no consigo que se cumplan mis deseos. ¡Quiero que vuelva mi Genio!

Tortuga: Lo lamento, Aquiles, está usted confundido. Usted destruyó el Sistema, y debería estar agradecido de que, a pesar de eso, hayamos vuelto; las cosas podrían haber sido terriblemente peores. Pero no tengo la menor idea acerca de dónde estamos.

Aquiles: Ahora me ubico: estamos dentro de otra de las pinturas de Escher, *Reptiles*.

Tortuga: ¡Ajá! Antes de su colapso, el Sistema trató de preservar todo lo que pudiera de nuestro contexto, y consiguió registrar que éste consistía en un cuadro

de Escher donde había lagartos. Esto es digno de aplauso.

Aquiles: Mire, ¿no es ése nuestro frasco de tónico recuperador, allí sobre la mesa, junto al círculo de lagartos?

Tortuga: Ciertamente que sí, Aquiles. Debo decir que, sin ninguna duda, somos muy afortunados. El Sistema ha sido grandemente benévolo con nosotros, al permitirnos recuperar nuestro tónico recuperador . . . esa preciosa sustancia . . .

Aquiles: ¡Ya, señora T! Ahora nos "recuperamos" del mundo de Escher, y volvemos a mi casa.

Tortuga: Hay un par de libros sobre la mesa, junto al tónico. ¿Qué libros serán? (*Toma el más pequeño, que está abierto al azar.*) Este parece módicamente excitante.

Aquiles: Oh, ¿sí? ¿Cuál es su título?

Tortuga: *Excitantes aventuras de Aquiles y la Tortuga en distintas partes del mundo.* Parece interesante.

Aquiles: Bien, puede USTED leerlo si quiere, pero yo no pienso correr ningún riesgo con ese tónico recuperador; cualquiera de los lagartos puede hacerlo caer de la mesa, ¡así que voy a cogerlo ahora mismo!

(Se precipita sobre la mesa y toma el tónico recuperador, pero en su prisa el frasco se le escapa, cae y comienza a rodar.)

¡Oh, no! ¡Mire, señora T! ¡Sin querer he tirado el tónico al piso, y está rodando hacia . . . hacia . . . la escalera! ¡Rápido, antes de que caiga!

(La Tortuga, sin embargo, está completamente sumergida en el delgado volumen que sostiene entre sus manos.)

Tortuga (murmurando): ¿Eh? Esta narración parece fascinante.

Aquiles: ¡Señora T, señora T, auxilio! Ayúdeme a atrapar el frasco de tónico . . .

Tortuga: ¿Por qué tantos gritos?

Aquiles: El frasco de tónico . . . lo tiré de la mesa, y ahora se va rodando y . . .

(En ese instante el frasco llega al borde del hueco de la escalera y cae a plomo . . .)



Figura 24. Reptiles, de M. C. Escher (litografía, 1943).

¡Oh, no! ¿Qué haremos? Señora Tortuga, ¿no se angustia usted? ¡Hemos perdido nuestro tónico! ¡Acaba de caerse por el hueco de la escalera! ¡Hay solamente una cosa que podamos hacer! ¡Tenemos que ingresar en un relato!

Tortuga: ¿Ingresar en un relato? Mis plácemes. ¿Me acompaña?

(Comienza a leer en voz alta; Aquiles mira sin decidirse a la Tortuga y alternativamente a la escalera; finalmente se tranquiliza y asume el papel de la Tortuga.)

Aquiles: Está muy oscuro aquí, señora T. No puedo ver nada. ¡Uf! Me di contra una pared. ¡Cuidado!

Tortuga: Tengo acá un par de bastones. ¿Por qué no usa uno de ellos? Podría llevarlo apuntando hacia adelante, de modo que no sea usted quien choque con las cosas.

Aquiles: Excelente idea. (*Toma el bastón.*) ¿Tiene usted la sensación de que este camino se curva ligeramente hacia la izquierda, a medida que avanzamos?

Tortuga: Muy suavemente, sí.

Aquiles: Quién sabe adónde estamos. Y si volveremos a ver la luz del día. Desearía no haberla escuchado cuando me insinuó usted que tragara un poco de aquel "BEBEME".

Tortuga: Se lo aseguro, es completamente inofensivo. Yo lo he tomado la mar de veces y ni una sola tuve que lamentarlo. Cálmese y disfrute de su pequeñez.

Aquiles: ¿De mi pequeñez? ¿Qué ha hecho usted conmigo, señora T?

Tortuga: No me culpe a mí ahora. Usted actuó en forma voluntaria.

Aquiles: ¿Me ha hecho usted encoger? ¿Así que este laberinto donde estamos es en realidad una cosa pequeñita que alguien podría PISAR?

Tortuga: ¿Laberinto? ¿Laberinto? ¿Será posible? ¿Estamos en el célebre Pequeño Laberinto Armónico del pavoroso Mayotauro?

Aquiles: ¡Uuuh! ¿Qué es eso?

Tortuga: Dicen — por mi parte, jamás lo creí — que un Malvado Mayotauro creó un laberinto diminuto, y ubicó en su centro un foso, a la espera de las víctimas inocentes que se extraviasen en su horrenda complejidad. Cuando esto ocurre, y aquéllas vagan perdidas y desorientadas por el corazón del laberinto, el Mayotauro ríe y ríe, y ríe tan fuerte que las víctimas terminan muriendo.

Aquiles: ¡Oh, no!

Tortuga: No es más que un mito. Valor, Aquiles.

(Y la intrépida pareja sigue caminando.)

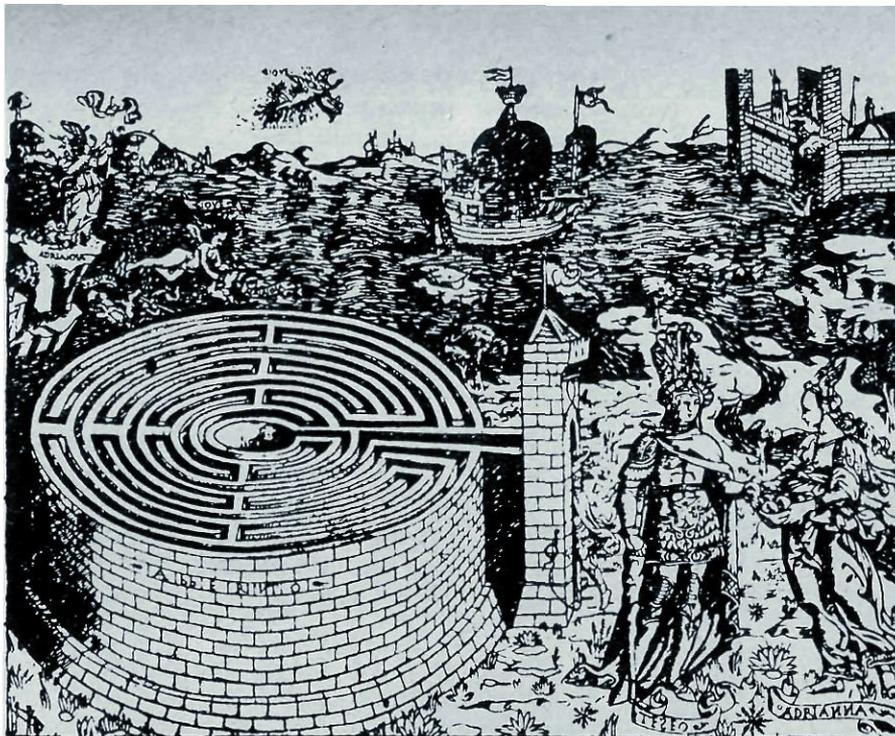


Figura 25. Laberinto de Creta (grabado italiano; escuela de Finiguerra). [Tomado de: W. H. Matthews, *Mazes and Labyrinths: Their History and Development* (New York: Dover Publications, 1970).]

Aquiles: Palpe estas paredes. Parecen de hojalata ondulada, o algo así. Pero las ondulaciones no son iguales entre sí.

(Para subrayar su afirmación, apoya su bastón contra la superficie de la pared, en tanto sigue caminando. El rebote del bastón sobre las ondulaciones despierta profundos ecos hacia todos lados, en el extenso corredor curvo por el que avanzan.)

Tortuga (alarmada): ¿Qué es ESO?

Aquiles: Oh, nada, nada; es que estoy frotando mi bastón contra la pared.

Tortuga: ¡Aaaah! Pensé que eran los bramidos del feroz Mayotauro.

Aquiles: Creía haberle escuchado que se trata sólo de un mito.

Tortuga: Por supuesto que lo es. Nada como para asustarse.

(Aquiles vuelve a apoyar su bastón contra la pared y continúa caminando. Se oyen entonces algunos sonidos musicales, surgiendo del punto donde el bástón raspa la pared.)

Tortuga: ¡Ay, ay! Tengo un mal presentimiento, Aquiles. Este Laberinto quizá no sea un mito, después de todo.

Aquiles: Un momento, ¿qué la ha hecho cambiar de idea tan de pronto?

Tortuga: ¿Oye esa música?

(Para escuchar más claramente, Aquiles retira el bastón: los jirones de melodía cesan.)

¡Eh! ¡Vuelva a apoyar eso! Quiero escuchar el final de esta pieza.

(Confundido, Aquiles obedece: la música vuelve a oírse.)

Gracias. Ahora bien, tal como le dije que iba a hacer, acabo de determinar dónde estamos.

Aquiles: ¿Sí? ¿Dónde?

Tortuga: Estamos caminando por el surco en espiral de un disco que está guardado en su envoltorio. Cuando su bastón presiona las extrañas formas de la pared, actúa como una aguja sobre el surco, permitiéndonos escuchar la música.

Aquiles: Oh, no, oh, no . . .

Tortuga: ¿Cómo? ¿No se siente usted felicísimo? ¿Acaso tuvo oportunidad, alguna vez, de estar en tan íntimo contacto con la música?

Aquiles: Nunca podré ganar carreras pedestres entre personas de tamaño normal, señora Tortuga, si soy más pequeño que una pulga.

Tortuga: Oh, ¿eso es todo? No es para preocuparse, Aquiles.

Aquiles: Por la forma en que habla, tengo la impresión de que usted nunca se preocupa por nada.

Tortuga: No sé. Pero sí es cierto que no me inquieta ser pequeña. Y mucho menos ahora, que tenemos por delante el terrible peligro del pavoroso Mayotauro . . .

Aquiles: ¡Horror! Me está usted diciendo . . .

Tortuga: Así lo creo, Aquiles. La música nos ha delatado.

Aquiles: ¿Cómo es posible?

Tortuga: Muy sencillo. Cuando escuché la melodía B-A-C-H en la voz alta, comprendí de inmediato que los surcos por los que estamos caminando no pueden corresponder sino al *Pequeño Laberinto Armónico*, una de las piezas para órgano menos conocidas de Bach. Se la llama así a causa de sus modulaciones vertiginosamente frecuentes.

Aquiles: ¿Qué es eso?

Tortuga: Bueno, usted sabe que la mayoría de las piezas musicales están compuestas en una tonalidad determinada, como por ejemplo C mayor, que es la de esta obra.

Aquiles: Algo recuerdo haber oído respecto a ese término. Significa que C es la nota que uno quiere oír al final, ¿verdad?

Tortuga: Sí, pesa como la idea del propio hogar, en cierto sentido. En realidad, lo más frecuente es que se le llame “tónica” a esa nota.

Aquiles: ¿Uno se aparta entonces de la tónica, con el propósito de terminar regresando a ella?

Tortuga: Exacto. Cuando la pieza avanza, aparecen otros acordes y melodías, que se alejan de la tónica. Poco a poco, sube la tensión y uno experimenta el anhelo creciente de retornar al hogar, de escuchar el elemento tónico.

Aquiles: ¿Será por eso que, al terminar una pieza, siempre me siento tan satisfecho, como si me hubiera pasado la vida esperando escuchar ese elemento?

Tortuga: Así es. El compositor ha empleado su conocimiento de las progresiones armónicas

para orientar nuestras emociones y para estimular nuestro deseo de escuchar la tónica.

Aquiles: Pero iba usted a hablarme de las modulaciones.

Tortuga: Oh, sí. Algo muy saliente que puede hacer un compositor es “modular” una parte del transcurso de una pieza, lo cual significa que establece un objetivo transitorio, distinto a la resolución guiada por la tónica.

Aquiles: Ya veo . . . supongo. ¿Quiere usted decir que ciertas secuencias de acordes desplazan la tensión armónica, a través de una manera que yo, entonces, quiero resolver en una nota distinta?

Tortuga: Correcto. Y eso complica la situación pues, a pesar de que usted anhela una resolución a breve plazo, en todo momento usted conserva, en el fondo de su mente, el deseo profundo de satisfacer la expectativa original: en este caso, C mayor. Y cuando es satisfecha la expectativa subsidiaria, hay . . .

Aquiles (gesticulando con súbito entusiasmo): ¡Oh, escuche los magníficos acordes que ascienden y se precipitan, señalando el final del *Pequeño Laberinto Armónico!*

Tortuga: No, Aquiles, no es el final. Es sólo . . .

Aquiles: ¡Pero sí! ¡Ah, oh! ¡Qué vigorosa, enérgica conclusión! ¡Qué placer! ¡Eso es resolver!
¡Aaaah!

(Como quiera que sea, en ese momento la música cesa, al tiempo que los dos amigos desembocan en una zona abierta, carente de muros.)

Ya lo ve, ha finalizado, ¿qué le decía yo?

Tortuga: Acá hay una terrible confusión. Este disco es una deshonra para el mundo de la música.

Aquiles: ¿Por qué?

Tortuga: Por lo que le estaba diciendo. Aquí Bach moduló de C a G, creando la expectativa secundaria de escuchar G. Esto significa que usted experimenta dos tensiones al mismo tiempo: la de aguardar una resolución

dentro de G, pero también, en lo recóndito de su mente, la espera primordial de una resolución esplendorosa dentro de C mayor.

Aquiles: ¿Y por qué la mente tiene que intervenir cuando se escucha música? ¿Acaso la música es exclusivamente un ejercicio intelectual?

Tortuga: No, por supuesto que no. Alguna música es altamente intelectual, pero la mayor parte de la música no lo es. Lo que sucede es que, en casi todo momento, su oído o su cerebro cumplen el trabajo de “computar”, haciendo que sus emociones sepan qué van a querer escuchar. Usted no tiene que plantearse esto conscientemente. Pero en esta pieza, Bach ha desarrollado artilugios con el propósito de llevar fuera de foco al oyente. Y con usted, Aquiles, ha tenido pleno éxito.

Aquiles: ¿Me está diciendo usted que yo he respondido a la resolución de una tónica secundaria como si fuera la principal?

Tortuga: Sí.

Aquiles: Pues eso aún me suena como una conclusión.

Tortuga: Con toda intención, Bach hizo que sonara así. Usted acaba de caer en su trampa, deliberadamente urdida para simular un final: pero si usted analiza atentamente la progresión armónica, verá que gira en torno de una nota impropia. Evidentemente, no sólo usted sino también esta lamentable empresa discográfica mordió el mismo anzuelo, ¡y mutiló la pieza, terminándola antes de tiempo!

Aquiles: ¡Qué cochina trampa me ha hecho Bach!

Tortuga: Todo esto es una gran trampa, ¡para que nos extraviemos en este Laberinto! El Malvado Mayotauro tiene como cómplice a Bach, ya lo ve. Y en cuanto usted menos lo piense, le reirá a usted hasta que se muera . . . ¡Y quizá también a mí!

Aquiles: ¡Oh, démonos prisa y salgamos de aquí! ¡Rápido! Retrocedamos sobre el surco y huyamos del disco antes de que el Malvado Mayotauro nos encuentre.

Tortuga: ¡No, por favor! Mi sensibilidad es demasiado delicada, y no soporta la extraña progresión armónica que se produce cuando es invertido el tiempo.

Aquiles: Pero, señora T, ¿cómo salir de aquí si no es volviendo sobre nuestros pasos?

Tortuga: Sí que es una excelente pregunta la suya.

(Un tanto desesperado, Aquiles comienza a moverse sin rumbo en medio de la oscuridad. De pronto, se oye un apagado jadeo y luego un golpe sordo.)

Aquiles, ¿está usted bien?

Aquiles: Un poco agitado, pero en general muy bien. Acabo de caer en un gran agujero.

Tortuga: ¡Ha caído usted en el foso del Malvado Mayotauro! Voy de inmediato en su ayuda. ¡Debemos movernos rápidamente!

Aquiles: Tenga cuidado, señora T. No quisiera que también usted cayera aquí dentro . . .

Tortuga: No se inquiete, Aquiles. Haremos todo lo que . . .

(De pronto, se oye un apagado jadeo y luego un golpe sordo.)

Aquiles: ¡Usted aquí conmigo, señora T! ¿Está usted bien?

Tortuga: Únicamente herida en mi orgullo, pero en general muy bien.

Aquiles: Ya estamos escabechados, ¿no cree?

(Como una explosión, llega a sus oídos una risa estruendosa y colosal, alarmantemente cercana.)

Tortuga: ¡Mucha precaución, Aquiles! Esto no es cosa de risa.

Mayotauro: ¡Ji ji jil! ¡Jo jo jol! ¡Ja ja jal!

Aquiles: Empiezo a sentirme débil, señora T . . .

Tortuga: Trate de no prestar atención a esa risa, Aquiles. Es nuestra única posibilidad.

Aquiles: Me esforzaré, pero ojalá tuviera menos hambre . . .

Tortuga: Digo yo, ¿son ilusiones mías, o huelo a palomitas de maíz, fritas en mantequilla?

Aquiles: Yo también las huelo. ¿Dónde estarán?

Tortuga: Cerca, creo. ¡Oh! Me he metido de cabeza en una enorme olla de eso. ¡Sí, claro que sí, sólo pueden ser palomitas de maíz, y de la marca "Emersión", mis predilectas!

Aquiles: ¡Grgrgg! ¡Palomitas de maíz "Emersión"! ¡No voy a dejar una!

Tortuga: Basta que no sean de la marca "Inmersión". Suenan tan parecido . . .

Aquiles: ¿Quién habló de Mendelssohn?

Tortuga: Yo no he dicho nada. Usted se imagina que oye voces.

Aquiles: ¡Bah, bah! Me parece que no. Bueno, ¡a trabajar!

(Y los dos comienzan a engullir las palomitas "Emersión" (¿o "Inmersión"?); repentinamente, ¡PLOP! Presumo que eran "Emersión", al fin y al cabo.)

Tortuga: Qué relato tan entretenido, ¿le gustó?

Aquiles: Más o menos. Lo que me inquieta es saber si lograron salir del foso del Malvado Mayotauro. Pobre Aquiles, además estaba ansioso por recuperar su tamaño normal.

Tortuga: No se inquiete, consiguieron abandonar el foso y Aquiles volvió a sus dimensiones de siempre. Por eso se oyó el fuerte "PLOP".

Aquiles: Oh, yo no estaba seguro. Bueno, ahora FRANCAMENTE lo que deseo es encontrar ese frasco de tónico. Por algún motivo tengo la boca muy reseca y nada me haría mejor que un trago de tónico recuperador.

Tortuga: Es una sustancia muy renombrada por su propiedad de saciar la sed. Así es como en algunos lugares la gente llega por poco a la locura en su afán de obtenerla. A comienzos de este siglo, la fábrica de alimentos Schönberg, de Viena, dejó de producir tónico y comenzó a elaborar otras cosas en su lugar. Imagínese el revuelo que eso causó.

Aquiles: Me hago una idea. Pero vayamos a buscar el tónico. Eh . . . un momento: mire esos lagartos sobre la mesa, ¿no nota algo muy llamativo en ellos?

Tortuga: Mmmm . . . nada en especial, ¿y usted?

Aquiles: ¿No se da cuenta? ¡Están surgiendo de esa lámina dibujada sin tomar ningún tónico recuperador! ¿Cómo podrán hacerlo?

Tortuga: ¿Cómo, no se lo dije? Usted puede salir de una pintura, en caso de que no tenga tónico recuperador, desplazándose en forma perpendicular al plano de la misma. Esos pequeños lagartos han aprendido a ASCENDER de nivel, cuando quieren salir del mundo bidimensional del cuaderno de dibujo.

Aquiles: ¿Podríamos hacer lo mismo para dejar este cuadro de Escher donde estamos?

Tortuga: ¡Por supuesto! No tenemos más que ASCENDER un relato. ¿Tratamos?

Aquiles: ¡Lo que sea, con tal de volver a casa! Ya estoy cansado de tantas excitantes aventuras.

Tortuga: Sígame pues. Subamos.

(Y ascienden un relato.)

Aquiles: Qué bueno estar de regreso. Pero hay algo que está mal. ¡Esta no es mi casa! Es la SUYA, señora Tortuga.

Tortuga: Ajá, así es . . . ¡y me alegro mucho! Pensaba sin el menor placer en el largo camino desde su casa hasta la mía. Estoy empachada, y dudo de que hubiera podido recorrerlo.

Aquiles: Pero yo no tengo inconveniente en marchar hasta mi hogar, así que hemos sido afortunados al llegar aquí, después de todo.

Tortuga: ¡Eureka! ¡Este ha sido nuestro golpe de suerte!